

“HUESOS DE DIOS”

Yasunari Kawabata

Traducción: RYUKICHI TERAO

El señor Seiichi Kasahara, director gerente de una compañía ferroviaria, Tokijuro Takamura, actor de cine histórico, el joven Morio Tsujii, estudiante de la Facultad de Medicina de la Universidad privada P, y el señor Benji Sakuma, dueño de un restaurante cantonés, junto con otro señor anónimo, recibieron una carta con contenido idéntico, de Yumiko, mesera de una cafetería llamada Garza Azul.

Me permito enviarle este hueso. Es un hueso de dios. El bebé vivió un día y medio. Nació enfermizo, y estuve contemplando vagamente a la enfermera agarrarle las piernas para sacudirlo de pies a cabeza. Así apenas empezó a llorar. Me contaron que había muerto ayer al mediodía después de bostezar dos veces. Pero hay casos peores; el bebé de una compañera de cuarto, que nació a los siete meses, expiró inmediatamente apenas hizo pipi.

El bebé no se parecía a nadie. Ni a mí en realidad. Parecía un muñequito hermoso, imagínese la criatura más hermosa del mundo. No tenía ningún rasgo particular ni defecto; no me puedo acordar de nada, salvo de las mejillas redondas y los labios apretados que chorreaban hilos de sangre clara. Las enfermeras también lo elogiaban diciendo: “¡Qué niño tan blanco y hermoso!”

Prefiero sinceramente que el bebé muera sin empezar a tomar leche o a reír, a que siga vivo pero enfermizo para llevar una vida infeliz. Pero me hizo llorar mi bebé que tuvo la bondad de nacer sin parecerse a ninguno de ustedes. Me conmoví al imaginar que el alma infantil, o fetal mejor dicho, hacía esfuerzos angustiosos para evitar la desgracia de nacer parecido a alguien. Y seguramente expiró tan pronto porque ya había decidido morir antes de empezar a parecerse a alguien.

Señor, o más bien, señores, ya que me creo autorizada a dirigirme a ustedes de esta manera. Ustedes, que se hacían de la vista gorda para ignorar con cuántos hombres anduviera yo, como si ellos fueran ladrillos de una avenida, se alborotaron al enterarse de que estaba embarazada. Venían todos a verme casi con un microscopio para esculcar el secreto de mi corazón femenino.

Hace muchos años, dízque el monje Hakuin tomó al bebé de una niña traviesa en sus brazos diciendo: “¡Mi bebé tan querido!”. A mi bebé, creo que lo ayudó algún dios. Le dio consejos al ver que estaba angustiado pensando a quién debería parecerse: “Querido niño, nace con la figura de dios imitándome a mí, que tú eres hijo de hombre”.

Me callo para no decir a quién deseaba yo que se pareciera, para no traicionar al pobre bebé que me mostró una bondad inmerecida. Más bien, prefiero repartir sus huesos entre todos ustedes.

El director gerente escondió rápidamente el sobre en su bolsillo, y lo abrió ya estando solo en su auto. Cuando se encontraba en la oficina con su secretaria, una mujer bella, sacó sin querer del bolsillo el hueso al buscar la caja de *Happy Hit* para descansar un rato con un cigarro. El dueño del restaurante, después de oler repetidamente el

hueso, abrió la caja fuerte para sacar el dinero, ganancia del día anterior, que iba a mandar al banco, y guardó en su lugar el sobre blanco. El estudiante de medicina, que había metido el hueso en el bolsillo del pantalón antes de subir al tren local, al sentir que el hueso se quebró bajo la presión de la cadera dura de una muchacha que se tambaleó con una fuerte sacudida del vagón, tuvo un deseo desenfrenado de casarse con esta muchacha, a la que asociaba con la imagen de una lila blanca. El actor de cine se apresuró hacia su trabajo después de esconder el hueso en el bolso secreto donde guardaba chucherías como piel de pez y sacarina.

Un mes después, el señor Seiichi Kasahara visitó Garza Azul para preguntarle a Yumiko:

-Tenían que haber entregado los huesos al templo. ¿Por qué los tienes tú?

- Pero, ¿cómo es posible que los tenga yo, si los repartí todos entre ustedes?